

LA alternativa real al socialismo en 1986 no es Alianza Popular. Ni los democristianos. Ni los liberales. Ni los centristas. Ni los reformistas. Ni los independientes. La alternativa real al socialismo es el no-socialismo. Sólo si se coordinan todos los sectores no socialistas se podrá vencer al PSOE.

En una buena parte de la Europa occidental la sociedad se divide, casi a 50 por 100, entre dos grandes opciones: la socialista y el centro-derecha liberal. Oscilaciones de votos, a veces muy pequeñas, dan el triunfo político a una u otra alternativa. Por eso los sectores ajenos al socialismo, en lugar de bodearse sin piedad, deben buscar fórmulas de coordinación para obtener el máximo provecho de la ley electoral. Si no lo hacen así, ganarán los contrarios. Allí donde crecen las flores malditas de las escisiones, los personalismos, las rencillas, las banderías, las reyertas y trifurcas, se arruinan las posibilidades electorales.

En España, la fuerza predominante del centro-derecha, del no-socialismo, es Alianza Popular, dirigida por Manuel Fraga. Sin ella no se puede ganar a los socialistas. Sólo con ella, tampoco. Todos los votos hasta el límite mismo del socialismo, resultan necesarios para la victoria.

Y como la unión en un sólo partido, a la manera inglesa, es hoy por hoy impensable, habrá que encontrar fórmulas para coordinar en una alianza general a todos los que, sumados, pueden ganarle al PSOE las elecciones de 1986. Aunque a nadie se escapa la diferencia, en algunos casos gigantesca, de votos y fuerza real, como todos son necesarios, Fraga y su Alianza Popular; Alzaga y su PDP; Fontán (o quien le sustituya) y sus liberales; Jordi Pujol y sus convergentes; Arzallus y sus nacionalistas; Uruñuela y los andalucistas, y Roca y los reformistas, deben llegar cuanto antes a un acuerdo, no de unión o de

LO QUE DEBE HACER LA OPOSICION

El 11 de noviembre de 1984, el director de ABC publicó un artículo en Tercera en el que se resumía el criterio de un amplio sector de la opinión de centro y derecha sobre lo que debía hacer la oposición si no quería fracasar en 1986. Las rencillas intestinas de unos partidos, los personalismos de ciertos líderes, las actitudes de incomprensión de determinados sectores impidieron que se hiciera lo que estaba claro y lo que se llevó adelante con éxito en Francia. En las elecciones de ayer, los votos de centro y derecha fueron tan numerosos como los del PSOE, pero la desunión dio la victoria a los socialistas. Reproducimos a continuación el artículo de Luis María Anson para reflexión de los que no pudieron o no quisieron realizar lo que era imprescindible poner en práctica.

fusión, cosa por ahora imposible, sino de coordinación en una nueva y gran alianza. Es probable que Suárez y sus centristas no entren en ella, pero, por el respeto que merecen los servicios del ex presidente a la democracia y por su innegable popularidad, habrá también que negociar con él, en lugar de hostigarle. Y como no sólo las fuerzas políticas ganan las elecciones, sino también las sociales, sería suicida levantar el andamiaje de la nueva alianza sin contar con el movimiento independiente que se ha puesto en marcha, con Pérez Escolar como cabeza visible.

A Manuel Fraga, por ser el más fuerte, le corresponde el papel histórico de enviar a los desvanes del olvido las actitudes excluyentes y convertirse en motor de la operación que permitirá coordinar todo el espectro centro-derecha. Pero no sólo concierne a Fraga la responsabilidad de impulsar la gran alianza. También les corresponde a los otros sectores políticos. Y a las fuerzas sociales. Y a la confederación empresarial. Y a los cuerpos intermedios de la sociedad. Y a los periódicos que defienden, aunque con diversidad de matices, los principios de derecho público cristiano y el pluralismo liberal de una sociedad abierta frente al modelo socialista de burocracia cerrada.

Si se acepta como imprescindible para ganar en 1986 la creación de una gran alianza de centro-derecha, cuyos líderes más destacados he mencionado antes y que formarían el cartel electoral, habrá que desconectar en seguida los cables de alta tensión que unen los signos interrogantes de quién será el futuro presidente del Gobierno. Está claro que Fraga aporta el mayor número de votos y, en consecuencia, debe tener la más alta cuota de poder. Pero eso no quiere decir que, aunque le sobren méritos para ello, le corresponda irrenunciablemente encabezar el Gobierno. Este es un problema instrumental y Manuel Fraga tiene un papel nacional que desempeñar en la fase final de la transición. El jefe del Ejecutivo que se derive de un frente como el aquí dibujado debe ser denominador común, debe ser la persona que más voluntades sume y menos reste en la nueva alianza. Incluso podría llamarse a un hombre de fuera de los partidos. A Fraga, sin duda, le corresponde proponer el nombre. A Pujol, Garaicoechea (o Arzallus), Alzaga y Roca, aceptarlo o rechazarlo. Si no hay acuerdo entre los líderes, la solución que se ha arbitrado en otras naciones es acudir a una instancia técnica y apolítica que organice una encuesta con máximo rigor y con el acuerdo previo de que todos aceptarán el resultado. Bien entendido que lo más importante en un Gobierno de coalición no es quién lo encabece, sino el reparto del poder según lo que cada sector aporte.

inexpertos e incompetentes. En la oposición eran pedazos de pan. En el Poder se han convertido en mendrugos. Han hecho una política entumecida y un poco asilvestrada. El resultado es el deterioro general del bienestar de los españoles y el empobrecimiento de los más; incluso en varias regiones aúllan otra vez los mastines del hambre. Además, la tentación totalitaria de algunos de los nuevos poderosos, con su amplio escaparate de bozales, mordazas, arbitrariedades y nepotismos, alarma a los que desean la consolidación de una auténtica democracia pluralista. Se ha almacenado ya demasiada basura y hay que barrerla de los estercoleros de España. Por eso parece conveniente para la salud pública que en 1986, antes de que nos apresen las nuevas cadenas, se produzca el cambio y gobierno, como en Estados Unidos, como en Canadá, como en Japón, como en Alemania, como en Inglaterra, el centro-derecha. Recuperado el pulso del país, la vuelta inevitable al Poder del PSOE en su día, propia del libre juego democrático, se hará con menos bisoñez, con menos incompetencia, con menos voracidad y con menores tentaciones totalitarias. Y por eso, porque según el criterio de muchos sería beneficioso para España que en 1986 no continúen en el Gobierno los socialistas, lo que debe hacer la oposición es embalsar rencillas y personalismos y abrir cauces generosos para que se coordinen todos los esfuerzos en una gran alianza integradora, capaz de oponer, a la debilitada musculatura política del PSOE, una alternativa real de victoria.

Luis María ANSON